

Hijos de Brown

Los insurgentes del Liceo Naval Militar

En 1947, durante el primer peronismo, se fundó el Liceo Naval Almirante Brown, un instituto de enseñanza secundaria dependiente de la Armada Argentina. Ocupaba las instalaciones que anteriormente pertenecieran a la Escuela Naval Militar en Río Santiago, a unos sesenta kilómetros de la Capital. A las materias habituales de un colegio se les sumaban allí instrucción militar y náutica. Los egresados, además de recibir el título de bachiller o perito mercantil, se incorporaban a la Reserva Naval con el grado de guardiamarinas. Pese a su excelente nivel académico, el Liceo fue durante mucho tiempo una especie de entenado para la Armada. Algunos altos mandos, en privado, no tenían ambages en referirse a él como a un “hijo bobo”. Pero a unos quince años de su creación, cuando ya se había convertido en un enclave de antiperonismo y anticomunismo, los sectores con mayor visión política de la oficialidad comenzaron a darse cuenta de que podía resultar muy funcional.

Con sus uniformes, con la prestancia lograda a costa de intensa actividad física y orden cerrado, los liceanos resultaban *vistosos*. La mezcla entre la frescura propia de la adolescencia y lo adusto de la postura militar caía simpática en amplios sectores de clase media y alta proclives a apreciar a la Armada por su barniz *chic*, liberal y filobritánico, y por su rol en el derrocamiento de Perón. Resulta significativo, más allá de que se tratara de una decisión editorial o una operación de prensa de la Armada, que al cumplir 25 años el Liceo la revista *Siete Días* -muy consumida por la clase media- le haya dedicado un extenso artículo. Ese ámbito educativo, tan particular y tan distinto a las instituciones de enseñanza que más directamente se asocian a la aparición de la insurgencia en Argentina, no fue ajeno a los impulsos revolucionarios que conmovieron a la sociedad a partir de la década del '60.



Junio de 1971 en Salta, varios compañeros de la promoción XXII posan simulando marcialidad. De izquierda a derecha, Mario Noriega, Dardo Benavides (ambos ya pertenecían en ese momento a las FAR), Eduardo Hernández y José María Donda. Los cuatro pasarían, luego, a militar en Montoneros.

-I-

*Adelante cadetes del Liceo,
adelante marchemos sin cesar.
Que la Patria y el cielo nos prefieren
herederos del genio de Brown.*

Canción del Cadete

Es preferible irse a pique antes que rendir el pabellón.

Coronel de Marina William Brown

***La verdadera felicidad empieza cuando
se deja de buscar la alegría personal para hallar la de todos.***

Claudio Logares, guardiamarina de la Reserva Naval Principal
secuestrado el 18 de mayo de 1978 en Montevideo,
carta fechada en esa ciudad el 26 de mayo de 1977

El 12 de noviembre de 1975 fue muy agitado en La Plata. Además del calor y la humedad, típicos de su clima por esa época del año, en las calles reinaba una atmósfera de tensión y de inminencia. Poco debía al suspenso del campeonato Nacional de fútbol, cuyo máximo animador era el River dirigido por Omar Labruna -ganador reciente del Metropolitano tras 18 años de sequía-, con el Estudiantes de Carlos Salvador Bilardo como rival más serio.

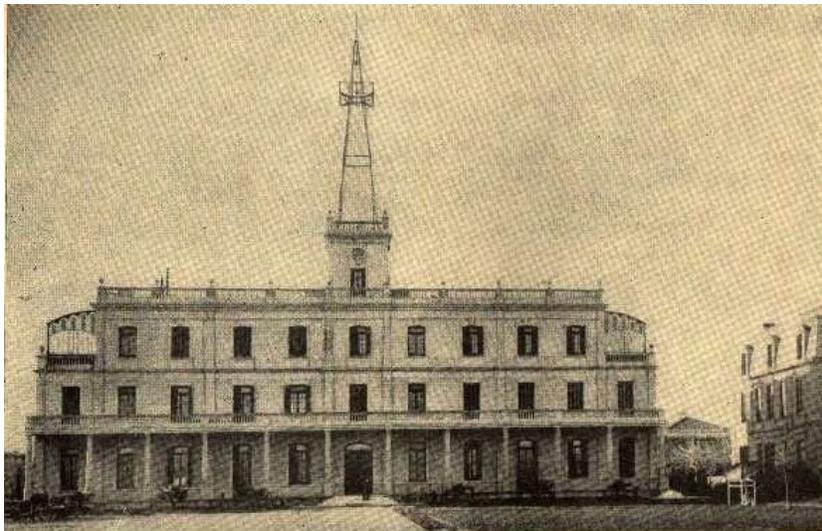
La violencia latente era notable incluso para una ciudad que desde 1974 se venía acostumbrando a los enfrentamientos cada vez más duros entre la izquierda y la derecha peronistas, a los autos sin identificación que pasaban haciendo sonar sirenas mientras sus ocupantes ostentaban a través de las ventanillas escopetas a repetición, al estruendo de las bombas por las noches, a los allanamientos en pensiones de universitarios, a los departamentos que por las mañanas aparecían vacíos y revueltos. El gobernador de la provincia, Victorio Calabró, alineado con la derecha sindical más virulenta, había llamado ese día a movilizar a sus partidarios. A los movimientos de columnas civiles amenazantes, se sumó luego la presencia de patrulleros y camiones celulares por todo el casco urbano.

Tales circunstancias habían pasado desapercibidas para un grupo de montoneros abocados desde temprano a una reunión de ámbito en una vivienda de la periferia. Cuando finalizaran estaba previsto que uno de los militantes fuera a *mover un auto*. Si bien la organización contaba con garajes, incluso en zonas céntricas, solían no alcanzar y habían comenzado a no ser tan seguros. Por tales razones se había vuelto una práctica común dejar en la calle autos *levantados* para usar en operaciones, e ir cambiándolos de lugar para evitar las sospechas que pudiera suscitar un vehículo varios días al aire libre. Sabedora de que estaba pendiente una tarea de ese tipo, al ver la cantidad de efectivos policiales que patrullaban la ciudad, una compañera que había debido retirarse antes descendió del micro en el que viajaba y retornó al lugar de la reunión para advertirle a los demás lo que estaba sucediendo. Llegó demasiado tarde.

Un oficial montonero ya había partido a cambiar de estacionamiento el auto en cuestión. Al aproximarse a él, caminando en contramano por el medio de la vereda, cumplió cuidadosamente con el protocolo establecido para determinar que no estuviera

fichado o *cantado*. Al no advertir nada anormal por los alrededores, ingresó abriendo la puerta con una ganzúa y disimuladamente accionó el puente eléctrico que le habían instalado para hacerlo arrancar. Sabía precisamente dónde estacionarlo. El lugar estaba *chequeado*, libre de policías o vecinos sospechosos y con buenas vías de escape. La distancia era la suficiente para que dejara de ser visto por los vecinos del anterior estacionamiento y que a su vez el trayecto entre los dos puntos se extendiera lo mínimo para reducir la posibilidad de complicaciones. Ninguna medida de seguridad resultaba excesiva. Lo que pocos años o meses antes podía significar una *entrada* a la policía, en el peor de los casos un *garrón* que llegara a incluir torturas por algunos días y luego el *blanqueo* en una cárcel a disposición del Poder Ejecutivo Nacional, podía valer ahora una sentencia de muerte sumaria.

Las primeras cuadras pasaron sin incidentes. El espejo retrovisor no alcanzaba ninguna imagen que pudiera alarmarlo. Por delante, las bocacalles se veían libres. En minutos podría concluir con la tarea. Hasta aquí, nada que se alejara de las prácticas habituales para aquel grupo combatiente en aquellos días durante los cuales vivir una vida peligrosa no era una consigna exaltada sino la pura y tensa cotidianeidad. Lo que sigue, se debe al relato de testigos ocasionales, a filtraciones de la policía, a la insistencia de los rumores a lo largo de años, a un mito incipiente.



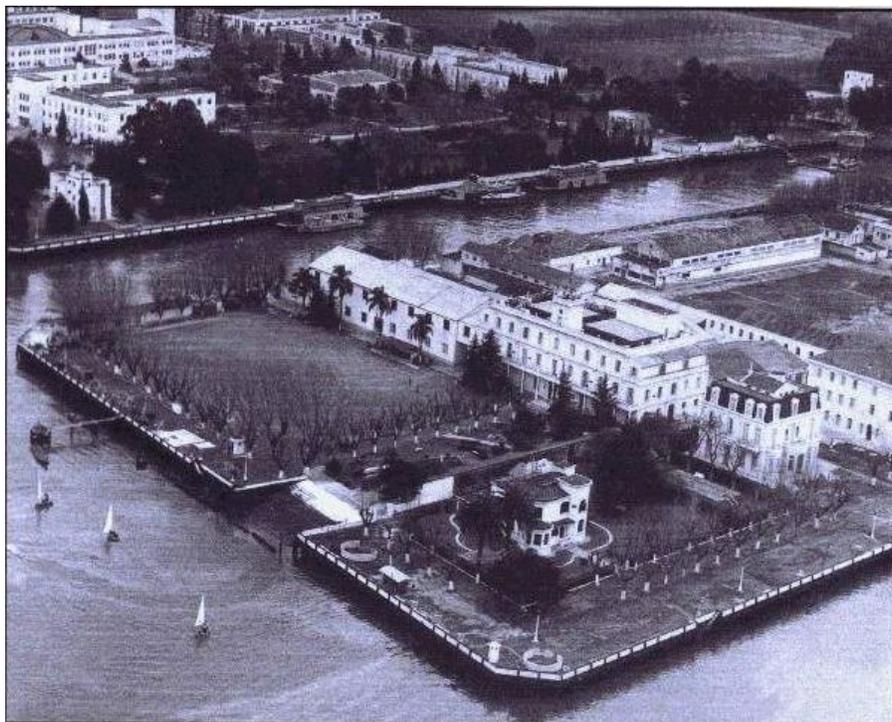
Edificio de Oficiales (Versailles)

Cuando le faltaba muy poco para alcanzar su objetivo, el joven oficial montonero a cargo de *mover* el auto avistó una pinza policial. Intentó dar marcha atrás con naturalidad como si lo suyo no fuera más que la equivocación de un conductor distraído. Inmediatamente recibió la voz de alto. Arrancó en contramano a la máxima velocidad. El disimulo ya era inútil. Le disparaban y él respondía disparando con una mano. Cuadras después, detuvo de golpe la marcha, a su pistola *Colt* calibre 45 le sumó una ametralladora y abandonó corriendo el auto. Para cubrir sus espaldas mientras intentaba retirarse, arrojó una granada de mano que sorprendió y contuvo al personal de la policía bonaerense que lo perseguía. Imposibilitado de hacerse con otro auto o escapar a la carrera, decidió ocultarse. Rápidamente se trepó al techo de una casa tratando de ganar tiempo y ver cómo evolucionaba el cerco. La policía pasó por esa cuadra sin detectarlo y continuó rastrillando la zona. Los sintió dar vueltas y vueltas, cada vez más lejos. Quizás haya alcanzado a pensar cómo le contaría a sus compañeros una zafada tan milagrosa, quizás haya recordado que no le tocaba a él esa tarea pero a último momento se ofreció para cumplir con ella. Y de golpe tenía a sus perseguidores de nuevo encima. Luego se sabría que al sentir ruidos en el techo, la mujer que estaba en la casa telefonó muy asustada a la policía. Habían vuelto con refuerzos, rodeaban su posición y lo conminaban a rendirse.

El periódico *Evita Montonera* de diciembre de 1975, en su sección *Crónica de la Resistencia*, narra el desenlace del combate que sobrevino. En páginas que dan cuenta de las andanzas de la represión paraestatal por Mendoza, Tucumán y Neuquén, incluyen un escueto parte de la ejecución a manos de Montoneros del general Jorge Cáceres Monié y otro del catastrófico intento de copar el regimiento de Infantería de Monte 29 de Formosa, bajo el subtítulo *Los mártires del pueblo*, refiere: *...se resistió durante dos horas, causando una baja al enemigo, pero luego fue cercado, reducido y rematado por la policía (...) sabemos que aprovechó todas las oportunidades que tuvo para no entregarse sin combatir.*

La primera persona de la familia del montonero muerto en enterarse fue su tía, ella avisó a los padres, que estaban pasando unos días en su casa del barrio norte de Villa Gesell. A la otra mañana, apenas llegado de la costa, el padre quiso ir sin ninguna compañía a realizar la identificación. Si es que alguna esperanza restaba, la visión del cadáver la borró. Pese a los estragos causados por los disparos y a las profundas quemaduras en las manos, ocasionadas por una fogata que habría encendido en sus últimos instantes de vida

para eliminar documentación que pudiera incriminar a compañeros, no cabían dudas. Era su hijo: *El Pato* Mario Luis Noriega. El comisario que atendió al padre, con una voz en la que luchaban el desprecio y la admiración, le dijo: “Por supuesto que no estoy de acuerdo en nada con él, pero reconozco que combatió hasta el final con unos huevos tremendos”.



Panorámica de la isla Monte Santiago que ocupaba el Liceo Naval y las instalaciones específicas del Liceo (Plaza de Armas, dormitorio de cadetes y comedor, edificio de oficiales y casa del Director)

En La Plata, por esos días, la muerte de jóvenes militantes de izquierda, armada o no, era un lugar común. No resultaba excepcional que aparecieran en el camino a Punta Lara cadáveres con marcas de tortura. Pero esta muerte causó especial conmoción. Se había tratado de un tiroteo en pleno día, a pocas cuadras de la Municipalidad, la Legislatura Provincial, la Casa de Gobierno, el Rectorado de la Universidad. Y el muerto era un muy carismático dirigente local de Montoneros. Además, integrante de una familia platense distinguida. Hijo del capitán de navío Mario *Pepe* Noriega, *El Pato* había cursado sus estudios hasta la jura de la bandera, durante cuarto año, en el Liceo Naval Militar Almirante Brown. Allí, a causa de los mareos sufridos durante los embarcos de instrucción a bordo de los *patachos* *A.R.A. King* y *A.R.A. Murature*, llegado a tercer año eligió la especialidad infantería de marina. Como infante realizó campañas de combate en tercer y cuarto año. Reintegrado a la vida civil, cursó quinto año en un colegio platense adonde van a parar

todos los repetidores popularmente conocido como *La Legión Extranjera*.



1970. Rodolfo Crespo.

Los deudos recibieron el cadáver a cajón cerrado. Desde una de las ventanas del piso donde residían -en la calle diez, al costado del Teatro Argentino, por una de las zonas residenciales más elegantes del centro platense- se pudo ver durante días, estacionado frente a la Comisaría Primera, el auto que había tratado de mover *El Pato*. Lucía acribillado.

No hubo velatorio. En el sepelio, provocativamente *custodiado* por hombres de uniforme y de civil, coincidieron extremos sociales inauditos incluso para el policlasismo del movimiento peronista. La familia Noriega, además de contar ya con una cierta tradición en las fuerzas armadas, está emparentada con los fundadores de los diarios *La Prensa*, de Buenos Aires, y *El Día* de La Plata. Y aunque no hubiera camaradas de armas que acompañaran el dolor del padre, quienes habían militado en una villa miseria de la zona norte platense con *José* -nombre de guerra adoptado en honor a José Sabino Navarro- estaban sorprendidos. No podían creer que ése fuera el ambiente del que venía aquel muchacho tan solidario y *entrador*, que solía vestir alpargatas y pantalones *Grafa*, que en vez de cinturón usaba un trozo de soga y escrupulosamente olvidaba las eses finales de cada palabra, además de insertar a cada frase el vocativo *hermano*.



Junio de 1971 en Salta. Eduardo Hernández (con la gorra en la mano, cabello claro); a su lado, descubierto, Mario Noriega; abajo, con la gorra puesta, Dardo Benavides. Los tres de Montoneros.

Estuvieron presentes varios de sus compañeros del Liceo Naval, donde fuera muy querido no sólo por éstos sino también por cadetes *más antiguos y más modernos*, y recordado como muy curioso, lúcido, participativo y ocurrente por los profesores¹. Algunos de los liceanos que concurren a despedirlo serían luego castigados por eso: apenas establecido el Proceso de Reorganización Nacional, fueron degradados de su condición de oficiales de la Reserva Naval y sobre sus documentos se estampó, en rojo, la comprometedor inscripción *dado de baja por conducta impropia*. Hubo también trabajadores del Astillero Río Santiago, donde *El Pato* trabajaba desde hacía unos meses; y corriendo riesgos tremendos, se acercaron varios compañeros de ámbito y militantes que lo

¹ *No hay nada como la muerte para mejorar a la gente*, escribió con ironía Borges. No creemos que el caso Noriega illustre esa sentencia. Muchos testimoniantes, que no vacilaron en descalificar algunas conductas de otros muertos o desaparecidos del mismo grupo acerca del cual indagamos, destacan sus cualidades. En todo caso, su *lado oscuro* se vincula a concepciones y prácticas políticas que exceden lo personal.

trataban desde la fundación del Movimiento de Acción Secundaria de La Plata, organismo de superficie de las Fuerzas Armadas Revolucionarias que luego, fusión con Montoneros mediante, devendría Unión de Estudiantes Secundarios. Días después, a regreso de un viaje, se acercaría Corina, la mucama de la familia, una exiliada republicana proveniente de Galicia que lo adoraba. Desde chico él la llamaba *Coronita*; cuando él era ya militante, si por las noches se oían bombas, ella solía comentar con una sonrisa *parece que los muchachos están activos*. Lo que Corina dijo ante la tumba del *Pato*, algo quizás aprendido duramente en la Guerra Civil Española, vale como síntesis de lo que muchos hubieran querido hacer y pocos lograron durante el sepelio: “A un valiente no se lo llora”.



Antigua foto de los dormitorios

Los restos de Mario Luis Noriega Beltrame, muerto a los veinte años, están en la bóveda que su familia posee en el cementerio de La Plata. La presencia en la misma de su tío, el capitán de navío Carlos Noriega, comandante de una de las escuadrillas aeronavales que bombardearon en junio de 1955 la Plaza de Mayo, ocasionando alrededor de cuatrocientos muertos civiles, entre ellos muchos niños, da cuenta de las fuerzas históricas en pugna que atraviesan a la familia.

El policía muerto en el enfrentamiento del 12 de noviembre –la *baja al enemigo* según el parte de *Evita Montonera*- fue un simple agente. De apellido Orona, figura en algunas fuentes como Bernardo y en otras como Rubén G. *El Pato* Noriega suele aparecer –creemos que erróneamente- como desaparecido en las listas de Astilleros Río Santiago y

de la Universidad Nacional de La Plata, pese a que no llegó a cursar materia alguna en la Facultad de Ciencias Naturales, donde se había inscripto para poder militar en el ámbito universitario. Las páginas web que reivindican el Proceso de Reorganización Nacional refieren el episodio –*copy & paste* mediante- de manera simple pero no desideologizada: *Un Policía y un terrorista muertos* (SIC).

Tal vez a causa de sus necesidades propagandísticas y aleccionadoras, así como a cierto afán mitificador, en su intento de hacer la apología del combatiente muerto la prensa montonera resultó injusta con su núcleo familiar más cercano. ¿O acaso se trató de un intento de preservar a la familia Noriega al saberla en la mira de la Armada? El parte ya citado de *Evita Montonera* destacaba: *Por su origen, una familia de marinos oligarcas, él podría haber elegido pertenecer a la raza de los explotadores. Pero su muerte es coherente con la forma en que vivió. Abandonó la carrera militar para militar* (SIC) *primero en la UES y luego en una Villa de Emergencia. Luego ingresó como obrero en los Astilleros Río Santiago y allí compartió las luchas de sus compañeros. La combatividad del Pato durante el enfrentamiento es consecuente con la combatividad demostrada durante su vida militante.*

“La casa de los Noriega era de las pocas a disposición nuestra al principio de la militancia. Allí se limpiaban armas, se practicaba desarmarlas y volverlas a armar, se hacían kits de sanidad y bombas molotov. Y los Noriega sabían”, recuerda una militante, fundadora de F.A.R. en La Plata. Ese piso, así como el chalet en el barrio norte de Gesell, fueron además los lugares “donde buena parte de las chicas de la agrupación tuvieron su primer sexo”.

Precisamente en el piso de los Noriega funcionó la primera imprenta de Montoneros en La Plata. En una oportunidad, el capitán *Pepe* regresó de manera imprevista y la encontró en funcionamiento, salpicando tinta por piso, techo y paredes. Solamente les dijo a los *muchachos* “vuelvo en diez minutos y quiero que esté todo bien”.

El capitán *Pepe* es una rara avis en la Armada. Fue compañero de promoción de Rubén Jacinto Chamorro, e incluso amigo de él en su primera juventud. Y cuando cursaba la Escuela Naval, un cadete *más antiguo* pero como él proveniente de La Plata, lo tuteaba quizás en uno de los primeros atisbos del arribismo social que lo caracterizaría: se trataba de Emilio *El Negro* Massera. Pese a todas estas fatalidades generacionales, Noriega es más

cercano a la tradición de los Bouchard y de los Piedrabuena que a la de los Astiz. Para comenzar, su propia especialidad, buzo de rescate, es toda una rareza. A diferencia de la mayor parte de los marinos de guerra, que se pasan la vida en bases terrestres, sin navegar, desarrolló la mayor parte de su carrera en la flota de mar. Entrañable narrador oral, con gran facilidad para relacionarse y cierta campechanía, no faltaban oficiales que lo vieran a Noriega como “un demagogo” por los vínculos que establecía con suboficiales y marinería. En 1973, a un alto oficial que se le acercó exaltado para darle la *buena noticia* del golpe contra Salvador Allende en Chile, le contestó: “No es algo para festejar, Allende era alguien elegido por el pueblo”.



Vista panorámica de la isla Monte Santiago que ocupaba el Liceo donde se pueden ver, además, las instalaciones del Liceo, las de la Base Naval de Río Santiago. Las mismas estaban prácticamente abandonadas a partir de los dos tanques de agua que se ven hacia la mitad. Era como un pueblo fantasma e inhabitado.

El capitán no le objetaba al *Pato* que militara por el socialismo ni que viera en el peronismo -mala palabra para la Armada- la vía hacia él. Lo que el marino de guerra le discutía al hijo, que a los dieciséis años había pedido la baja del Liceo Naval por incompatibilidad ideológica, era el uso de la violencia. Durante un almuerzo llegaron a discutir acerca de esto de manera muy áspera. *El Pato* le puso fin al intercambio de palabras arrojando un plato de tallarines con tuco que fue a estallar contra la pared y se retiró a su cuarto. A las pocas horas padre e hijo se unían en un abrazo con lágrimas en los ojos.

Aún sin compartir su opción por la vía armada, una diferencia imposible de superar,

Noriega padre apoyó a su hijo. Se cuenta que alguna vez acudió prestamente para ayudarlo a zafar con un auto *levantado*. En 1974, a un grupo de liceanos compañeros de militancia del *Pato* se los convocó al mismísimo *elefante blanco* -el edificio Libertad, donde funciona el Comando en Jefe de la Armada- para ser expulsados de la Reserva Naval. Fue entonces el mismo capitán Noriega quien logró a través de sus vinculaciones que los diesen de baja sin acudir a tan perturbadora cita. Incluso fue él quien le consiguió al *Pato* su trabajo en Astilleros Río Santiago cuando *el mamotreto*, un documento de la Conducción Nacional de Montoneros, urgió a los militantes a insertarse en la clase trabajadora.



1972. El director del Liceo, Capitán Ojanguren, le entrega a Claudio Logares (promoción XXII) su despacho de “Brigadier encargado de año”. Logares estaba entre los cuatro más antiguos (mejores alumnos) de su promoción y tenía a cargo suyo a 5to. año. Logares perteneció a Montoneros.

En 1975, la incipiente (y precaria) Marina Montonera atentó contra la fragata misilística Santísima Trinidad, amarrada en los muelles de Astilleros Río Santiago, justo frente a la Escuela Naval Militar, en territorio rigurosamente vigilado por efectivos de la Armada. Motivo de alta alarma para el capitán *Pepe*, quien para interceder por su hijo se había reunido con el director del establecimiento, un capitán en retiro efectivo con el que habían jugado juntos al fútbol. Le preguntó a su hijo si él tenía algo que ver, a lo que *El Pato* respondió “a los que estamos acá ni siquiera nos quisieron avisar, para preservarnos”.

Por sus inquietudes sociales y culturales, la madre del *Pato*, Clyde Beltrame de

Noriega, es también una *rara avis* en el mundillo de las mujeres de los marinos de guerra. Había *adoptado* a los militantes liceanos que entraban y salían todo el tiempo de su casa: Eduardo *El Guacho* Hernández, Dardo *La Negra* Benavides, Roberto *Junior* Gamonet y Jorge *El Negro* Giacobone. Pese a lo difíciles que se fueron poniendo las cosas, pese a la proletarización que los alejó del centro y a la posterior clandestinidad, seguían frecuentando el piso de calle 10 en busca de charla, de afecto y de las milanesas que Clyde freía para todos. Las chicas militantes tenían para con Clyde sentimientos contradictorios: la querían tanto como sus compañeros y sentían con ella un nivel de confianza del que en muchos casos no habían disfrutado en su propio hogar, pero al mismo tiempo la veían como el modelo de mujer opuesto al ascetismo revolucionario, siempre muy arreglada y vestida con cara ropa exclusiva. Esas características fueron usadas en provecho de la organización: valiéndose de su aspecto de señora *bien* que jamás podría despertar sospechas, Clyde compraba resmas y resmas de hojas para imprimir documentos y hasta componentes químicos para armar molotov.



1973. Rodolfo Crespo (prom.XXIII) sobre la cubierta de un barco de la Armada, rumbo a su campaña de infantería final –como egresado– vestido con el uniforme diario de Guardiamarina. El distintivo que lleva en el pecho indica que pertenecía a la Infantería de Marina. Crespo perteneció al Partido Comunista Marxista Leninista (PCML).

No resulta sorprendente que la carrera naval de *Pepe* Noriega se estancara. Pocos años antes de la instauración del Proceso, la Armada había introducido un nuevo elemento a evaluar en las fojas del personal superior: los antecedentes familiares. Por supuesto, el

capitán *Pepe* no tenía acceso a esa información confidencial, pero algunos suboficiales con los que mantenía muy buena relación le filtraron datos que habían logrado ver. Así llegó a enterarse de algunas anotaciones comprometedoras en su legajo: allí figuraba que su mujer -quien recientemente había comenzado a cursar la carrera de antropología en el Museo de Ciencias Naturales de La Plata- *mantenía reuniones subversivas con gente de la Universidad*. Para la Armada el enemigo estaba en casa de los Noriega. Y cuando el consejo de evaluación decidió su destino, se le desechó el ascenso no por algún desmedro profesional, sino por *desconfianza ideológica*.

Después de la muerte del *Pato*, una presa política cuyo nombre de guerra era *La Negra Silvia*, desde la Unidad 9 de La Plata le hizo llegar a Clyde Beltrame de Noriega un dibujo hecho con betún. Representa a un grupo de mujeres que caminan llevando grandes bultos sobre sus hombros. Al dorso, dice: *Ayúdense unos a otros con sus cargas. Con todo mi corazón, y unas pocas palabras, quiero que les llegue mi cariño y ser una más en tu mesa querida, con el mismo amor con el que están en la mía*.

-II-

Aunque las particularidades de su caída -sumadas a su extracción social y las tensiones políticas y cruces históricos que implica, a una militancia muy activa y una personalidad carismática- hicieron que el caso de Mario Luis *El Pato* Noriega se convirtiese en emblema, no se trató del único liceano muerto en las filas de la insurgencia. Tampoco fue el primero dentro de un universo de veintidós militantes que egresaron del Liceo Naval Militar Almirante Brown o pasaron por él y cayeron en distintas circunstancias². En noviembre de 1974, casi un año antes, un grupo no identificado

² Al tiempo que intentamos escribir la historia de un colectivo militante, pretendemos hacer una crítica de las categorías y los términos en uso. Por ejemplo, una crítica de la palabra *víctima*: además de ser por completo ajena a la perspectiva que tenían estos militantes y soslayar su disposición voluntaria al sacrificio de la propia vida, resulta excesivamente difusa y por lo tanto tiende a diluir las circunstancias concretas de cada una de las caídas. Tampoco nos resulta aplicable en todos los casos el rótulo *desaparecido*, ya que bajo éste se suele agrupar, creemos que en general irreflexivamente, tanto a quienes fueron en efecto blanco de la metodología

secuestró de un bar en avenida La Plata, Buenos Aires, a Alberto Munárriz. En el estado actual de la investigación no podemos confirmar si la Triple A fue ejecutora del secuestro del *Capitán* Munárriz del Ejército Revolucionario del Pueblo, e integrante de la promoción XIII del Liceo Naval, que había ingresado en 1959 y egresó en 1963. También antes de Noriega, en julio de 1975, había sido asesinado en La Plata, en la vía pública, Mario Marcelo Cédola, de la promoción XX (1966-1970). En este caso sabemos que fue responsable de tal muerte la Concentración Nacional Universitaria (C.N.U.), grupo de extrema derecha que tuvo gran influencia en La Plata y Mar del Plata, vinculado con la C.G.T., la Unión Obrera Metalúrgica y el gobernador justicialista de la provincia de Buenos Aires Victorio Calabró. No se conoce militancia alguna de Cédola, aunque dadas la clandestinidad y la compartimentación de las organizaciones armadas de la época no se pueda ser taxativo al respecto. Los motivos de su asesinato -haber tomado fotografías del local de la Unión Obrera Metalúrgica en La Plata- pueden parecer de lo más fútiles, sin embargo son reveladores de una lógica epocal: esa sede era una base operativa de la derecha sindical peronista en su combate contra la tendencia revolucionaria del peronismo. Si alguien que no era *tropa propia* había tomado fotos del lugar, resultaba factible que se tratara de un *enemigo* realizando tareas de inteligencia, y por lo tanto debía ser *escarmentado* ³. Durante años se rumoreó en La Plata que el mismísimo *Oso* Fromigué, uno de los máximos dirigentes de C.N.U., bajó de una moto y disparó su pistola contra Cédola.

En septiembre de 1975 fue detenido un compañero del *Pato*, de la promoción XXII del Liceo Naval: Eduardo *El Guacho* Hernández. Puesto a disposición del Poder Ejecutivo Nacional, fue torturado de manera tan violenta que perdió un ojo. El 17 de mayo de 1976 – justamente el Día de la Armada- fue sacado de la Unidad Penitenciaria 1 de Córdoba junto con otros presos políticos y fusilado en aplicación de la *ley de fugas*. Luciano Benjamín Menéndez ha sido condenado por esa muerte.

de desaparición forzada como a otros que cayeron combatiendo en circunstancias conocidas y cuyo cuerpo fue entregado a sus familiares, o a quienes se ejecutó sumariamente aunque eran presos políticos legales.

³ Poco antes, a fines de junio, había estallado una bomba en el local del sindicato de la construcción (U.O.C.R.A.) donde funcionaba la C.G.T. La Plata y se la había atribuido a Montoneros.

Alfredo Astiz, expulsado por robo a un compañero.

Diversas fuerzas policiales y parapoliciales operantes durante la democracia isabelina eliminaron a Munárriz, Cédola y Noriega. Tras el golpe de 1976, la represión pareció ensañarse con los liceanos. En el transcurso de 1976 fue asesinado el radical Sergio Karakachoff (promoción VII, 1953-1957), y fue secuestrado Daniel Antokoletz (promoción IV, 1950-1954), ambos abogados defensores de presos políticos. Se trata de los liceanos de mayor edad que fueran blanco del genocidio⁴. Luego fueron secuestrados Luis Lucero (promoción XXII) -hasta pocos días antes preceptor civil de la Escuela de Mecánica de la Armada, adonde fuera citado con el pretexto de corregir una liquidación de haberes-, Horacio Benavides y Daniel Mariani, ambos de la promoción XXI (1967-1971). Aún no conocemos exactamente las circunstancias del secuestro de este último. Casi al mismo tiempo de la muerte de Hernández en el penal de Córdoba, cayó defendiendo un departamento de la calle Sarmiento, justo detrás del Centro Cultural General San Martín,

⁴ A diferencia de quienes piensan que caracterizar lo sucedido en Argentina como genocidio lo despolitiza, coincidimos en líneas generales con lo sostenido por Daniel Feierstein en libros como *Cinco estudios sobre genocidio* (1997) y sobre todo *El genocidio como práctica social* (2007). Creemos que pensar de tal modo la experiencia argentina la politiza de manera novedosa y productiva. Si bien Feierstein sugiere que no es necesario previamente admitir que hubo una guerra civil en Argentina para pensar en un genocidio, deja abierta esa posibilidad. Por lo tanto no nos resulta incoherente con lo sostenido más arriba referirnos, como hace en sus trabajos Inés Izaguirre, a un tipo de guerra civil o contrainsurgente de baja intensidad.

Roberto *Junior* Gamonet, de la promoción XXII. Su cuerpo fue llevado como un trofeo por el grupo de tareas interviniente⁵. En similares circunstancias, pero en La Plata, encontró su fin Maximiliano Monges, de la promoción XIX (1965-1969): rodeado su departamento por fuerzas muy superiores en fecha que aún desconocemos, decidió no caer vivo. Sin armas de fuego o acabadas sus municiones, se clavó un cuchillo.

En mayo de 1977 cayeron dos oficiales Montoneros: Dardo Benavides -por su habilidad para *fabricar* documentos perfectos tuvo importantes responsabilidades en el área documentación y luego llegó a ser jefe de la columna La Plata, Berisso y Ensenada- y José María Donda, ambos de la promoción XXII. De ninguno de ellos se conocen con exactitud la fecha ni el sitio de su captura. Se cree que Benavides pudo haber sido secuestrado tanto en Vicente López como en Berazategui. De Donda, que no llegó a conocer a su hija Victoria -nacida en cautiverio, apropiada y luego recuperada- sólo se sabe que fue *chupado* en la zona oeste del conurbano. El mismo año fue secuestrado el oficial montonero Adrián Bogliano, de la promoción XVI (1962, pidió la baja en 1965 tras la jura de la bandera). Casi treinta años después sus restos fueron identificados por el Equipo Argentino de Antropología Forense y entregados a sus hijas Laura y Verónica.

Paralelamente, hacia fines de 1976 había comenzado la caída en cadena del Partido Comunista Marxista Leninista incluidos cuatro liceanos militantes de esa organización de orígenes maoístas caracterizada por el secreto y la inexistencia de expresiones de superficie: primero cayeron Ricardo Moya y Gustavo Fraire, amigos y compañeros de la promoción XIX (1965-1969). A comienzos de 1978 cayó el cuñado de Moya, Rodolfo Crespo, de la promoción XXIII (1969-1973), y en abril Carlos Yunk, de la misma promoción. En mayo fue secuestrado en Montevideo Claudio Logares, de la XXII, doblemente perseguido ya que se encontraría en proceso de distanciamiento de Montoneros. Se encontraba con su esposa Mónica Grinspon -desaparecida- y su hija Paula, que tras años de vivir apropiada fue la primera nieta recuperada mediante pruebas

⁵ Quizás más aplicable a la C.N.U. y la derecha sindical, el término *patota*, al que se suele recurrir cuando se narran operativos y secuestros, nos incomoda. Connota cierta afinidad con la teoría de las *bandas fuera de control* o los *excesos*, y estamos convencidos de que en Argentina lo que hubo fue un plan político-militar elaborado y ejecutado de acuerdo al principio de la doctrina contrainsurgente francesa: centralización estratégica y comando único, y cuadrícula táctica del territorio.

genéticas. Al mes siguiente fue secuestrado en Mar del Plata Marcos Chueque, militante de Vanguardia Comunista, de la promoción XX (1966-1970). El último liceano secuestrado -según el estado actual de nuestras indagaciones- fue Mario Eduardo Lerchundi, de la promoción XXI, el 31 de julio de 1978, cuando salía del cine *Ópera*. Aunque de aceptar el planteo de Claudia Hilb⁶ y considerar el copamiento del cuartel de Ejército de La Tablada como último acto de la guerrilla setentista, debemos hacer un salto de once años hacia adelante, corregirnos y finalizar la cuenta con el ex militante del Ejército Revolucionario del Pueblo Francisco *Pancho* Provenzano, de la promoción XIX. Provenzano, tras deponer las armas y entregarse junto con sus compañeros del Movimiento Todos por La Patria, apareció desfigurado entre los cadáveres, lo cual constituye una pista más que potente para considerar la aplicación de torturas y la ejecución sumaria al más puro estilo procesista.

También pasaron represores por el Liceo Naval. El más notorio de todos ellos tuvo una estadía breve en él. Desde el mismo reclutamiento no consiguió congeniar con el grueso de sus compañeros de la promoción XVIII. En 2do. año (1965) tuvo un traspie que seguramente marcó sus días como toda experiencia fuerte de juventud: ante una formación general del cuerpo de cadetes se procedió a degradarlo y dar lectura a la resolución del Consejo de Disciplina que ponía fin a sus días en el Liceo Naval. Se lo dio de baja por robar a un compañero. El botín había consistido en unos sellos postales de su colección. En la siguiente lancha estaba abandonando para siempre el Liceo, mas no la vida naval: pese a tan pésimo antecedente –quizás por la condición de oficial de la Armada de su padre- consiguió ingresar a la Escuela Naval y comenzar una carrera mucho más conocida que aquel pecado de juventud. Se trataba de Alfredo Astiz.

-III-

Egresar del Liceo Naval tras la debacle de Malvinas y la retirada de los militares del gobierno, fue un sacudón para nuestras subjetividades sólo comparable al que habrán experimentado quienes dejaron la isla para incorporarse a la agitación de la primavera camporista. Si bien habíamos vivido muchas cosas de la Armada que objetábamos, ir

⁶ *La Tablada: el último acto de la guerrilla setentista*, Claudia Hilb, Instituto de Investigaciones Gino Germani, Facultad de Ciencias Sociales, U.B.A.

conociendo la gravedad de los hechos en los que estaba implicada fue una sorpresa que desacomodó todos los valores en los que creíamos haber sido formados. La hipocresía y la participación entusiasta en crímenes de lesa humanidad contaminaban todo. Saber que existían liceanos que estuvieron *del otro lado* nos hizo reconsiderar la propia experiencia. Por años, nos limitamos a preguntas aisladas y comentarios esporádicos. Pero el interés quedó latente. Hizo eclosión un año atrás. La tarea que emprendimos en un principio era similar a múltiples iniciativas de mediados de los años '90, cuando de modo paralelo al surgimiento de H.I.J.O.S., en distintas localidades, centros de estudio y de trabajo se fueron haciendo relevamientos que en lugar de centrarse en el carácter de víctimas ponían el acento en la militancia. Intentábamos, de manera nada ambiciosa, la construcción de una lista completa de los caídos. La investigación comenzó con cuatro o cinco nombres. Los más conocidos, ya sea por las apropiaciones de sus hijas (Donda y Logares), por la relevancia pública de su madre como fundadora de Madres de Plaza de Mayo (Antokoletz), o por las circunstancias de su caída (Noriega), a lo que se sumó la referencia tangencial en *La Voluntad*, de Eduardo Anguita y Martín Caparrós, al paso liceano de Karakachoff. Cinco casos ya nos parecían mucho para el Liceo Naval.



Cadetes de 1er. año (chicos de 12 o 13 años) haciendo ejercicios de orden cerrado en la plaza de armas, a las órdenes de un oficial.

A medida que fuimos avanzando, no sólo creció drásticamente la lista, sino que complejizamos el universo abordado y además cayeron algunas hipótesis de trabajo rayanas en el prejuicio. Por ejemplo, aquella según la cual los compañeros de estudios de los liceanos caídos serían refractarios a dar su testimonio. Nos sucedió todo lo contrario. Y aunque también recurrimos a fuentes escritas -publicaciones de la Armada, documentos de

inteligencia, prensa de la época, publicaciones de las organizaciones armadas- las entrevistas revelaron una potencialidad inmensa para que se generasen cada vez más ramificaciones en el camino emprendido. Muy pocos de quienes nos brindaron su testimonio lo habían hecho con anterioridad, ya sea en instancias periodísticas, académicas o judiciales. Y los que sí habían testimoniado, lo habían hecho en juicios donde no se tuvo en cuenta la militancia de las personas acerca de quienes se inquiría ni se profundizó en su condición de liceanos.

Como consecuencia, diferimos con lo sostenido por Beatriz Sarlo en *Tiempo pasado. Cultura de la memoria y giro subjetivo* (2005). Creemos que no hay un *exceso* de testimonios que los convierta en modo de representación dominante que obture otros acercamientos posibles al tema. Lo que hay es una sobre representación de ciertos testimonios. Y en parte debido a la judicialización de la memoria en Argentina -y al intrincado derrotero judicial que determinaron las leyes de impunidad y los indultos- una repetición de ciertas preguntas.

Fuimos incorporando a la investigación, abarcadora de la diversidad de militancias revolucionarias, otros tantos liceanos: los que sobrevivieron. Así incluimos en nuestras pesquisas la experiencia en las F.A.L. de Carlos Malter Terrada, de la promoción XII (1958-1962). En otra columna de la misma organización revistó Jorge Bracco, de la promoción VIII (1954-1958). Roberto Kalauz, de la promoción XVI (1962-1966), militó en el Partido Socialista de los Trabajadores y tuvo un rol activo en la huelga de Villa Constitución, acerca de la cual escribió un libro: *Sentencia para un complot. 1975, Villa Constitución*. Hay también varios egresados de las promociones XIX y XXI que pasaron por la Federación Juvenil Comunista y un militante de la Juventud Universitaria Peronista de Capital, Enrique Corteletti, de la promoción XXII, que fue secuestrado en 1976. Permaneció unos días en la Escuela de Mecánica de la Armada, de donde pudo rescatarlo la intervención de un alto oficial de la Armada conocido por su padre, oficial de Gendarmería. En la E.S.M.A. lo torturaron con especial énfasis durante los interrogatorios en su carácter de oficial de la Reserva Naval y en la posible existencia de otros *liceanos subversivos*. Corteletti fue puesto a disposición del Poder Ejecutivo Nacional y recuperó su libertad - bien que vigilada- el año posterior. Suerte similar a la corrida por Víctor Cédola, de la promoción XVI (1962-1966), liberado luego de estar ilegalmente detenido. Un caso

especialísimo es el de Jorge Omar Giacobone, oficial montonero integrante de la golpeada promoción XXII. Hallándose en la clandestinidad, consiguió escapar varias veces. Pasó posteriormente a militar, durante la llamada contraofensiva, en la zona sur del conurbano. Como integrante de las Tropas Especiales de Agitación, que interferían emisiones radiales y televisivas con proclamas montoneras, formó parte de la organización hasta 1982 y luego se integró a Intransigencia y Movilización Peronista. La lista de quienes tuvieron una militancia de izquierda antes y durante la dictadura no se cierra aquí y totaliza –hasta el momento- dieciocho militantes liceanos sobrevivientes a la represión.



Hemos comprobado que quince tenían militancia en partidos marxistas. A esto se le suma la peculiaridad de que varios de los jóvenes de la promoción XXII que se sumaron a Montoneros no lo hicieron directamente sino a partir de la fusión de las Fuerzas Armadas Revolucionarias, donde habían comenzado a militar, lo cual aumenta la influencia marxista de la militancia hasta cubrir a la mitad. Esto marca una fuerte impronta de abierto antiperonismo o al menos desconfianza hacia él que parece un sello dejado por la Armada en la militancia insurgente formada en las aulas del Liceo. La geografía de los secuestros y muertes de liceanos distingue particularmente a la ciudad de La Plata, seguida de la de Buenos Aires. Si bien no eran mayoría, una minoría consistente de liceanos residía en la capital de la provincia en razón de su proximidad con Río Santiago.

De los veintidós liceanos muertos o desaparecidos, cinco tenían padres, tíos o hermanos marinos (Noriega, Crespo -cuyo padre fue intendente de facto de Ensenada durante la dictadura del general Onganía-, Yunk, Donda y Cédola). Otro de ellos era hijo de un profesor del Liceo (Jorge Bogliano), fallecido con anterioridad.

El trabajo emprendido se fue convirtiendo en una historia crítica de un colectivo insurgente: los militantes revolucionarios que pasaron por el Liceo Naval Almirante Brown. Crítica porque tenemos la intención de revisar categorías naturalizadas al abordar estos temas. Y también porque intentamos apartarnos de dos perspectivas opuestas y simétricas que nos parecen igualmente, aunque por diversas razones, improductivas. Por un lado la de los trabajos que, con distintos matices, asimilan la experiencia insurgente con el mero fanatismo, el impulso tanático, la locura, el mesianismo (Giussani, Lutzky, Hilb, Vezzetti, Novaro, Palermo y, en su libro *Política o violencia*, Pilar Calveiro). Por otro, aquellas aproximaciones que convierten a los militantes de la insurgencia setentista en héroes sin mácula cuyas prácticas y concepciones políticas están exentas de toda discusión. Fundamentalmente nos parece que el dato de que estuvieran dispuestos a dar sus vidas no debe dejar en sombras el dato, igualmente concreto, del ejercicio de la violencia que asumieron y de su disposición a quitarle la vida a quienes habían caracterizado como *el enemigo*.

Hablando en términos estrictos, sólo aquellos que comenzaron a militar mientras cursaban sus estudios en el Liceo, donde conformaron una célula clandestina, fueron un colectivo. Pero sostenemos un concepto ampliado, que incluye a militantes de distintas promociones y encuadrados en distintas organizaciones, ya que los une un cúmulo de experiencias comunes muy fuertes durante su paso de la niñez a la adolescencia y de ésta a la juventud, así como el haberse formado en ciertas prácticas cotidianas y valores que los marcaron y, creemos, distinguieron su opción militante, su forma de vivir la militancia y su caída.

-IV-

La promoción XXII es la que más caídos suma: siete -todos de Montoneros previo paso por F.A.R.- sobre veintidós. Es la promoción que egresó en 1972 y salió del encierro en la isla de Río Santiago, donde tenía su sede el Liceo, con la vuelta de Perón y el advenimiento de Cámpora. Entre las promociones egresadas entre los años 1969 y 1973, hay dieciocho caídos: cuatro de la XIX (egresada en 1969), dos de la XX (1970), tres de la XXI (1971), siete de la XXII (1972) y dos de la XXIII (1973).



La XXII también es la promoción en cuyo seno se dieron ciertos episodios muy particulares durante su paso por el Liceo. Por un lado, el fenómeno extraordinario de albergar a una célula de las F.A.R. a partir de 1971, mientras estaban en 4to. año. Roberto *Junior* Gamonet, que se había ido de baja el año anterior, organizó en La Plata el frente de los secundarios de las F.A.R.: el Movimiento de Acción Secundaria (M.A.S.). Entre los cinco fundadores, además de Gamonet, se contaban *El Pato* Noriega y Dardo *La Negra* Benavides, mientras ambos eran aún cadetes del Liceo. El fenómeno no pasó desapercibido para el Servicio de Informaciones Navales. La paulatina intervención de varios jóvenes de la promoción XXII en debates políticos –al calor de lo que venía ocurriendo del otro lado del Río Santiago- fue definiendo a dos grupos bien diferenciados alrededor de una mayoría

que podía calificarse *de centro*: los que poseían ideas de cambio y veían en el peronismo el cauce para llevarlas a cabo, si bien desconfiaban o directamente abjuraban del viejo líder, y otro grupo que siendo antiperonista no alcanzaba a definirse ni a actuar políticamente, pero se caracterizaba por al menos uno de dos rasgos *sociales* más que directamente políticos: jugar al rugby en el Centro de Graduados del Liceo Naval y ser hijos o sobrinos de marinos.

Esta división explotó una madrugada de septiembre de 1972, con la promoción XXII en 5to. año y por lo tanto encargada de la conducción del cuerpo de cadetes (un rasgo de la vida interna que es *naturalizado* por quienes pasamos por el Liceo es la notable delegación del mando por parte de la oficialidad en jóvenes de 17 / 18 años: los cadetes de quinto año). Se trató de un hecho gravísimo no sólo para la disciplina militar, sino para las férreas normas no escritas que regulaban la vida hacia el interior de cada promoción: José María *El Cabo* Donda había sido feroz y arteramente golpeado mientras dormía tras ser tapada su cara con una frazada en una especie de parodia y adelanto de lo que sería la actuación de los grupos de tareas cuando aún estaban tibios los cadáveres de Trelew. A Donda le prestaron ayuda sus compañeros mientras otros comenzaron a indagar por los responsables. Se descubrió que cinco integrantes de la promoción XXII, de *los de rugby*, habían sido los agresores. Al toque de diana -06.00, cuando el cuerpo de cadetes iniciaba sus actividades siempre y cuando no hubiera un alistamiento y *manijazo* previos- se difundió la noticia. Donda, con el rostro notoriamente golpeado, siguió las reglas no escritas y pretendió evitar que la oficialidad se enterase de lo sucedido ⁷. Pero la mayoría de la promoción increpó a los agresores, que significativamente se refugiaron en el edificio de oficiales –*Versailles* en la jerga-, un espacio al que los cadetes no tenían acceso salvo cuando se les realizaba un consejo disciplinario en el que se dirimía su permanencia en el instituto o su baja. La oficialidad interceptó el paso a la mayoría de 5to. año y le ordenó

⁷ Es interesante destacar que la delación de un par era considerada como una falta cuyo altísimo nivel de gravedad excedía lo disciplinario, era una mancha ética para un cadete delatar a un compañero de promoción. Este mecanismo, opuesto al que tuvo la delación en el nazismo o en el Proceso (ver *El genocidio como práctica social*, de Daniel Feierstein, pág. 129 y siguientes), tenía como función reforzar los vínculos al interior de cada promoción. Lo cual por su parte acentuaba la estratificación entre promociones, con las *más antiguas* habilitadas para mandar y sancionar a las *más modernas*. Las sanciones colectivas ante una falta por la que nadie se hubiera presentado voluntariamente como responsable cumplían un doble rol: reforzar los vínculos intrapromoción y propender a que las promociones se autorregularan.

retomar sus actividades. Nadie obedeció, insultaron a la plana mayor y anunciaron que no irían a clases mientras no se aclarase el episodio y se sancionara a los responsables, lo que constituyó un caso flagrante de insubordinación, para el que se prevé como castigo la baja inmediata. Al perder la conducción concreta del establecimiento, los oficiales -sin ponerlos al tanto de las verdaderas causas- decidieron enviar de vuelta a sus casas a los profesores (cabe mencionar que éstos tenían un trayecto de un cuarto de hora en tren desde La Plata más otro tanto en lancha hasta la isla, donde las clases comenzaban a las 08.00). Inmediatamente se inició una investigación. Pero las preguntas de los oficiales no se orientaban a encontrar a los culpables –ya estaban identificados- sino a recabar por las ideas políticas de los cadetes más radicalizados. Estas preguntas y la sospecha de que el Subdirector -capitán Stortini- había alentado la golpiza, llevaron a que la rebelión se intensificara. Ante su inutilidad, los interrogatorios se suspendieron y para descomprimir la situación y ganar tiempo, aprovechando que era viernes se mandó a todo el cuerpo de cadetes a sus casas, incluidos aquellos que debieran haber permanecido parte del fin de semana o el fin de semana completo en la isla por estar *encanados*. Más adelante, con el pretexto de que intentaron copiarse durante los últimos exámenes trimestrales del año, se los terminó castigando al agredido Donda y a Jorge Giacobone –que sobreviviría como militante de la contraofensiva montonera-: al egreso no se les otorgó el grado de guardiamarinas de la Reserva Naval, sino el de suboficiales mayores.

-V-

Una pregunta que se nos impuso fue: ¿por qué hubo tantos liceanos que militaron en la izquierda insurgente? “La Armada es la fuerza más gorila y por eso nuestros hijos se están haciendo todos peronistas”, le espetó una vez el capitán Noriega a los asombrados comensales de un almuerzo en el edificio Libertad. Sin embargo, estamos convencidos de que si bien intervienen causales como la acción y reacción -muy mecanicista- y el filicidio simbólico -muy psicologista-, lo efectúan en concurrencia con otras. Entre ellas, no nos parece menor la incidencia del impulso patriótico y emancipatorio, con un desplazamiento de la patria a la que se juraba fidelidad cada mañana, cuando se formaba para saludar al

pabellón, hacia la patria socialista. Y, aunque se trate de un elemento soslayado casi unánimemente por los distintos abordajes históricos de la militancia, del deseo de aventura. Nos parece sumamente significativo que las razones que nos llevaron a nosotros mismos a elegir el Liceo Naval, en las que pesaron mucho más Salgari, Verne y Stevenson que el almirante Rojas, se repitieran en cantidad de liceanos de las más diversas edades más allá de cuáles fueran las razones de sus mayores para apoyarlos en esa decisión o para inducirlos. En el caso de los insurgentes, se pasó del deseo de la aventura más o menos romántica en el mar a la aventura de cambiar la sociedad. Una y otra opción comparten como horizonte la vida intensa y peligrosa.



En entrevistas realizadas durante la investigación, Carlos Malter Terrada, egresado de la promoción XII que formó parte de las F.A.L. nos confió sus reflexiones al respecto. Para él hay un ambiguo valor que une a la ortodoxia más plena de la formación liceana con el imaginario de la insurgencia: el elitismo. Durante las mismas entrevistas, Malter Terrada pasó revista a una cantidad de pautas de vida del Liceo Naval que considera le facilitaron la supervivencia como militante: la práctica durante cinco años de diversas formas de clandestinidad (tan riguroso era el reglamento naval que la única forma de morigerar los castigos era *clandestinizarse*), el riguroso entrenamiento físico, la instrucción en tiro - Malter Terrada fue subcampeón de tiro con fusil en el torneo interno-, el cumplimiento estricto de horarios y medidas de seguridad, y -lo más importante de todo- lo que llamó “una ideología del esfuerzo”.

Si esto es así, ¿por qué hay entonces semejante cantidad de muertos en combate, fusilados y desaparecidos entre los liceanos que militaron? La hipótesis que mantenemos provisoriamente es que las fuerzas represivas se ensañaron especialmente con los egresados

del Liceo Naval, a quienes los servicios de inteligencia del arma siempre mantuvieron en foco. Hasta ahora sobran los episodios que lo corroboran: la mencionada insistencia en torno a los liceanos en los interrogatorios a los que se sometió a Enrique Corteletti; la lista de liceanos *subversivos* que un suboficial le *filtró* al capitán Noriega; el nivel de sadismo con el que se torturó a Eduardo *El Guacho* Hernández en Córdoba. A éstos debemos sumarle el testimonio de una detenida desaparecida sobreviviente del centro de detención El Banco. Activista gremial de las docentes privadas en la ciudad de La Plata, militaba en el Partido Comunista Marxista Leninista y respondió nuestras preguntas bajo la condición de mantener el anonimato. En ese centro de detención se convirtió en una práctica sistemática atar al liceano Ricardo Moya y golpearlo a trompadas entre varios represores a la vista de su mujer, Laura Crespo, hermana de otro liceano del P.C.M.L. desaparecido: Rodolfo *Rofi* Crespo. “Moya se mantuvo todo el tiempo muy digno y trataba de consolar a su mujer y sus compañeros”, relató. A tales golpizas sólo les puso fin el *traslado*.

De lo que se trataba era de castigar con la máxima violencia a quienes eran considerados *traidores*.